

## **PRIMERAS REFLEXIONES TRAS LA MUERTE DE OSAMA BEN LADEN**

**Francisco J. Ruíz González**

Analista del Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE)  
Ministerio de Defensa

### **Primeras reflexiones tras la muerte de Osama Ben Laden**

Han transcurrido tan sólo dos días desde que fuerzas especiales de los Estados Unidos abatieran a Osama Ben Laden en la ciudad pakistaní de Abbottabad, situada a unos 80 Km. al norte de la capital Islamabad. Aunque aún son muchas las incógnitas, si es posible realizar una primera valoración de las circunstancias que han rodeado a esta noticia, tanto tiempo esperada por la comunidad internacional.

La primera cuestión a recordar es que ha transcurrido casi una década desde que Ben Laden se convirtió en el enemigo público nº 1 y en el prófugo más buscado del planeta, al determinarse su responsabilidad en los atentados de Nueva York y Washington del 11 de septiembre (11-S) de 2001. Y ello a pesar de la recompensa de 50 millones de dólares ofrecida por su cabeza, y de los 80.000 millones de dólares de presupuesto de los que dispone la comunidad de inteligencia estadounidense.

Hay que tener en cuenta, en todo caso, que la invasión norteamericana de Irak en marzo de 2003 y la posterior postguerra distrajeran gran parte de la atención y los recursos que eran necesarios en Afganistán/Pakistán, auténtica línea del frente en la lucha contra el terrorismo internacional. En ese sentido, el haber logrado finalmente dar con el paradero de Ben Laden está suponiendo un enorme impulso a la popularidad del presidente Obama, que sí parece haberse centrado en el escenario principal.

Otro tema que ha suscitado el máximo interés es el papel de Pakistán en estos eventos. Parece acreditado que las autoridades estadounidenses no les informaron de la llamada "Operación Jerónimo", a pesar de implicar el despliegue de una fuerza militar en su propio territorio. Dados los vínculos del todopoderoso servicio de inteligencia de Pakistán, el ISI (*Inter-Services Intelligence*), con elementos radicales islámicos, es más que probable que un aviso previo de las intenciones de los EEUU

hubiese facilitado la huida de Ben Laden, como ha reconocido tener el Jefe de la CIA, Leon Panetta.

El Ministerio de Exteriores paquistaní se ha apresurado a emitir un comunicado en el que afirma que *“Ninguna base o instalación dentro de Pakistán fue utilizada por las fuerzas estadounidenses, ni el gobierno de Pakistán proporcionó asistencia logística u operativa a estas operaciones llevadas a cabo por las fuerzas estadounidenses”*. Es difícil saber si realmente ha sido así, o se trata solamente de un intento de aplacar la previsible reacción violenta de los radicales y desviarla hacia los EEUU, en un reparto de papeles previamente acordado.

Por su parte, el Embajador de Pakistán en los EEUU ha declarado en una entrevista en la CNN que es evidente que Ben Laden disponía de una red de apoyo local, y que su país llevará a cabo una investigación para averiguar el grado de implicación de elementos gubernamentales o de la sociedad en esa red. El General Pervez Musharraf, Presidente del país entre 2001 y 2008, calificó la muerte de buena noticia (como han hecho todos los dirigentes musulmanes, con la excepción de Hamas), pero no sin criticar la incursión militar estadounidense en el territorio paquistaní.

En lo que respecta a la reacción oficial estadounidense, oscila entre la crítica abierta del senador demócrata Joseph Lieberman, que afirmó que Pakistán debe demostrar que no sabía que el líder de Al Qaeda se escondía tan cerca de su capital, y la postura más conciliadora de la Secretaria de Estado Hillary Clinton, que recordó que su colaboración desde el 11-S de 2001 ha contribuido en gran manera a desarmar a la organización terrorista. Ben Laden se ocultaba entonces en el Afganistán de los talibán, un movimiento apoyado por el ISI desde llegada al poder en 1996, y al cual sólo reconocían internacionalmente Arabia Saudí, los Emiratos Árabes Unidos y el propio Pakistán.

Con respecto a esa colaboración, cabe recordar que el citado Musharraf declaró que poco después del 11-S el Subsecretario de Estado Richard Armitage le había amenazado con que, si no colaboraban en la lucha contra el terrorismo, los bombardearían hasta devolverlos *“a la Edad de Piedra”*. Pakistán, por tanto, se enfrentaba en 2001 a una clara y compleja disyuntiva: alinearse abiertamente con los EEUU y recibir cuantiosas ayudas económicas (a precio de convertirse en enemigo declarado del terrorismo internacional), o afrontar la ira norteamericana. Lógicamente, y a pesar de su carácter de potencia nuclear, esta última fue la opción elegida.

Sin embargo, la presencia de elementos radicales en territorio paquistaní ha seguido siendo un elemento desestabilizador de primer orden; inicialmente, el Ejército continuó más preocupado por la rivalidad con la India que de enfrentarse a los radicales. Posteriormente, se han desarrollado diversas ofensivas en la zona, pero más contra los que terroristas que atacaban los intereses de Islamabad (en Waziristán del Sur) que contra los que atacan a las fuerzas internacionales en Afganistán (en Waziristán del Norte y las *“Áreas Tribales Administradas Federalmente”*).

Con respecto al escondite elegido por Ben Laden, ha supuesto una gran sorpresa, tanto por sus características como por su ubicación. La mansión era demasiado llamativa con respecto al entorno, tenía una seguridad física desproporcionada (con muros de hasta cinco metros de altura y alambre de espino), y sus habitantes mantenían una actitud sospechosa, además de carecer de servicios básicos como teléfono y acceso a Internet. Todo ello hizo sospechar a la CIA que se trataba del escondite de un alto responsable de Al-Qaeda, lo que hizo intensificar la vigilancia desde agosto de 2010.

Por otro lado, desde que se perdiera su pista en las montañas de Tora Bora de Afganistán a finales de 2001, se daba por seguro que el líder de Al-Qaeda se refugiaba en la zona fronteriza entre ese país y Pakistán, y que gozaba de la hospitalidad de los pastún y de su férreo código de honor que les impediría delatar a su “invitado”. Sin embargo, Ben Laden se hallaba en la localidad turística de Abbottabad, lugar tradicional de retiro de los militares paquistaníes y sede de la academia militar “Burn Hall”, de la cuál la casa de Ben Laden distaba tan sólo 1 Km.

Centrándonos en la operación en sí, hay que destacar que la incursión en territorio paquistaní no es un incidente aislado, sino algo que los EEUU vienen haciendo regularmente desde el comienzo de la “guerra global contra el terror”, y que se ha incrementando en la presidencia de Obama. Así como las acciones de supresión de terroristas, con vehículos aéreos no tripulados (los UAV) dotados de misiles, son controladas en el territorio afgano por las Fuerzas Armadas, las ejecuciones selectivas llevadas a cabo en Pakistán son directamente dirigidas por la CIA, acciones cuando menos de dudosa legitimidad conforme al derecho internacional.

En el caso de Ben Laden, la importancia del objetivo probablemente determinó que se desplegasen fuerzas especiales, en este caso de los SEAL de la Marina de los EEUU, para garantizar la captura o muerte del terrorista, a pesar de los mayores riesgos asumidos (como prueba el hecho de que uno de los dos helicópteros empleados en el asalto tuvo que ser destruido por un fallo mecánico). Los daños colaterales se minimizaron, ya que en la acción sólo fallecieron tres personas aparte del propio Ben Laden, al que se dio la oportunidad de rendirse antes de recibir un tiro en la cabeza.

Sin dudar de esa versión oficial, hay que destacar lo conveniente del resultado para los EEUU, ya que la captura vivo de Ben Laden hubiese dado lugar a un complejo proceso legal y a una gran publicidad; por otra parte, el arrojar su cadáver al mar evita tener que buscar un lugar para enterrarlo, que se podría convertir con el tiempo en un lugar de peregrinaje para radicales, y la insistencia estadounidense en destacar que se respetaron los ritos musulmanes denota la preocupación por no herir sensibilidades.

Por último, hay que evaluar las consecuencias de la desaparición de Ben Laden para su organización y el movimiento terrorista radical islámico. Tras suprimirse su santuario afgano en 2001, Al-Qaeda se había visto forzada a actuar desde una completa marginalidad, por lo que con el tiempo se ha convertido en una “franquicia” del terror que proporciona un marco ideológico para ser adoptado por diversas organizaciones regionales (como el “Grupo Salafista para la Predicación y el Combate” (GSPC)

argelino, que en enero de 2007 se convirtió en “Al-Qaeda del Magreb Islámico” (AQMI), con el principal objetivo de lograr más resonancia para sus acciones).

Por tanto, la importancia del liderazgo central de la organización ha disminuido con el tiempo, pero no se puede menospreciar el impacto anímico de la muerte de Osama Ben Laden, el hombre capaz de declarar la guerra santa a los EEUU y de organizar los atentados del 11-S en el propio territorio del que califican como el “gran Satán”. En todo caso, cabe asumir que su lugarteniente e ideólogo de Al-Qaeda, el egipcio Ayman Al-Zawahiri, relevará a Ben Laden al frente de la misma, manteniendo un nivel similar de actividad y un radicalismo, si cabe, aún mayor.

En realidad, y aunque debemos esperar nuevos ataques en nombre de Al-Qaeda en venganza por la muerte de su líder, la organización ya se encontraba en una situación crítica, tanto por la presión internacional como por la llamada “primavera árabe”. La revuelta de las masas islámicas contra lo que Ben Laden calificaba de “regímenes apóstatas” (como los de Ben Alí en Túnez, Mubarak en Egipto, ó el Assad en Siria) no se está produciendo para formar un califato radical islámico, objetivo último de Al-Qaeda, sino en demanda de reformas democratizadoras y mayores derechos y dignidad, con especial protagonismo de los jóvenes. La falta de un papel de la Yihad global en estos eventos es la mayor garantía de su futuro fracaso.